

APORTACIONES DEL C-14 AL MUNDO FUNERARIO CARPETANO: LA NECRÓPOLIS DE PALOMAR DE PINTADO

CONTRIBUTIONS OF C14 TO THE UNDERSTANDING OF CARPETANO MORTUARY PRACTICE IN CENTRAL SPAIN

JUAN PEREIRA SIESO (*)
ARTURO RUIZ TABOADA (**)
JESÚS CARROBLES SANTOS (**)

RESUMEN

Se presentan en este trabajo los resultados de una serie de análisis de C-14 realizados sobre huesos quemados procedentes de siete tumbas a partir de los cuales se pretende fijar el ámbito cronológico y fases de desarrollo de la necrópolis de Palomar de Pintado (Toledo) en el I milenio AC.

ABSTRACT

Radiocarbon dates at the Iron Age cemetery of Palomar de Pintado, Spain, have given new information about the origins and development of the Carpetana culture in the centre of the Iberian Peninsula. Seven samples of charred bones from eight tombs have shown a complete sequence throughout the first millenium BC.

Palabras clave: Fechas C-14. Necrópolis incineración. Edad del Hierro. La Mancha.

Key words: *Incineration cemetery. Iron Age. La Mancha.*

1. DATOS ARQUEOLÓGICOS

La necrópolis de Palomar del Pintado se localiza en la provincia de Toledo, en el término de Villafranca de los Caballeros, sobre una pequeña elevación que domina la confluencia del río Amarguillo

con el Cigüela (Fig. 1). A pesar de las modificaciones del entorno y del paisaje con respecto al que fue contemporáneo de la necrópolis y el poblado durante la II Edad del Hierro, la actual topografía del terreno y la distribución de las tumbas conservan la morfología de una pequeña elevación que se destacaría de las tierras circundantes de la vega, siendo visible por tanto desde la ubicación del hábitat, del que según la estación le separarían zonas de marisma o tramos de inundación característicos del régimen fluvial de la zona. La fiabilidad de esta primera aproximación al paisaje coetáneo de la necrópolis vendría avalada por la pervivencia en la vega del Amarguillo de amplias zonas de vegetación palustre que delimitan el área de la necrópolis y los testimonios de los vecinos que se refieren a la zona como un paisaje inundado. Estas informaciones se ven refrendadas por el topónimo local para la zona de la necrópolis: Laguna del Rincón.

Ya en las primeras noticias sobre esta necrópolis se señalaba como un elemento característico la variada tipología de sus estructuras funerarias, entre las que se destacaba los túmulos de planta rectangular construidos con piedras o adobes, en cuya zona central se localiza el enterramiento junto con el ajuar funerario (Carrobles y Ruiz Zapatero 1990). Dentro de este grupo de estructuras tumulares cabe diferenciar las que presentan el túmulo construido con losas de piedra como en el caso de la tumba documentada en la 1ª campaña, y en las de superestructura de adobe documentadas de las campañas recientes con un alzado de 1/3 hileras de adobes que enmarcan un espacio funerario de planta circular enfoscado con yeso y cota de profundidad por debajo de las hiladas de adobes. El sistema de cierre en ambos casos es el habitual en la necrópo-

(*) Facultad de Humanidades de Toledo. Área de Prehistoria. Plaza de Padilla, nº 4. Toledo 45071. Correo electrónico: Juan.Pereira@uclm.es

(**) Centro de estudios Juan de Mariana. Pza de Santa Eulalia nº 3. 45002 Toledo. Correo electrónico: taboada@arrakis.es

Recibido: 26-IX-2003; aceptado: 7-X-2003

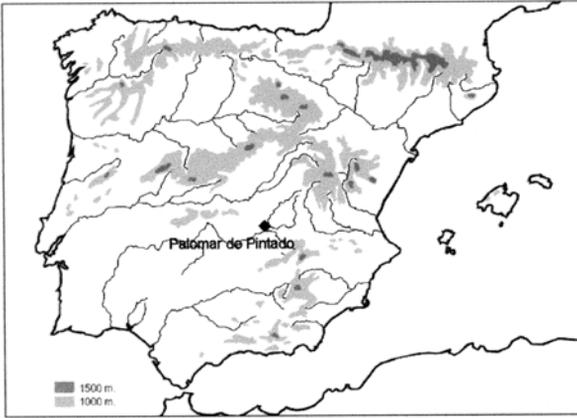


Fig. 1. Localización de la necrópolis de Palomar de Pintado.

lis mediante losetas de adobe, que presentan un efecto cromático alternando las de color más oscuro con las de color más claro, y con un encintado de color avellana claro que rodea todo el perímetro del túmulo. A este tipo de estructuras funerarias se les adjudica paralelos bastante claros en la necrópolis albaceteña de Los Villares (Blánquez 1991), y en las conqueses de El Navazo (Galán 1980), Buena-che de Alarcón (Losada 1966), y más recientemente la de Iniesta (Valero 1999). La propuesta de conexión cultural con estos conjuntos funerarios, propone la existencia de un vector de iberización desde el Sureste Peninsular hacia el Valle Medio del Tajo (Carrobles 1995).

Aparte de las estructuras tumulares la mayoría las estructuras funerarias no debieron presentar en su fase de construcción y uso una superestructura que las destacara de un modo especial de su entorno. Las localizaciones de las tumbas de estructura más sencilla se detectan a partir de la localización del cierre de la misma de planta cuadrada a base de una o varias losetas de adobe que en ocasiones aparecen rodeadas de un encintado similar al de las estructuras tumulares. En otros casos, lo que se detecta en superficie es el perímetro circular/rectangular de la boca de la tumba delimitado por una fina línea blanca que corresponde al enfoscado de yeso interior de la tumba que con frecuencia suele cubrir el borde de la misma y la superficie de alrededor.

Junto con las estructuras de deposición funeraria también se han documentado varios “Quemaderos” o “Ustrina”. Suelen tener una planta rectangular/ovalada de 1'50 por 0'60 mts y aparecen ligeramente excavados en el terreno con una profundidad que no llega a los 10 cm. Localizados en el sector más externo de la necrópolis, la única evi-

dencia documentada en estas estructuras es la presencia de tierra cenizosa de color oscuro, que da pie a distintas interpretaciones. Éstas podrían ir desde las dudas sobre su correcta interpretación como quemaderos, a la consideración de una recogida sistemática y exhaustiva de los restos de la cremación que contrasta con las evidencias documentadas en la necrópolis toledana de Las Esperillas en la que se han documentado estructuras de combustión con una espesa capa de cenizas (García Carri-lo y Encinas 1990 a). Una última interpretación apuntaría a la acción de agentes naturales o antrópicos sobre dichos quemaderos una vez utilizados (Mohen y Coffyn 1970: 99).

Además de estas estructuras también hemos identificado puntos de combustión de escasa extensión y potencia estratigráfica con restos de fauna cerámica y recipientes de vidrio que hemos denominado “hogueras”, similares a otras documentadas en necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía (Cabré y Motos 1920: 20). La funcionalidad de estas hogueras estaría relacionada con distintos aspectos del ceremonial funerario antes, durante y después de la cremación y entierro. Un último tipo de estructura funeraria diferente de las tumbas y documentado desde las primeras campañas (Carrobles y Ruiz Zapatero 1990: 240) estaría representado por fosas de planta rectangular, aunque contamos con algún caso de perímetro irregular, y una media de 50 cm de longitud. En algunas ocasiones presentan forma de artesa en su sección longitudinal. Se destacan y delimitan perfectamente por el color gris/cenizo de su superficie y suelen ir asociadas a distintos tipos de tumba.

La distribución de los materiales en el interior de las estructuras funerarias viene determinada por la morfología y tamaño de la tumba y por el volumen y número de los recipientes cinerarios y los elementos integrantes del ajuar. En el caso de las tumbas más sencillas, en hoyo de planta circular la urna cineraria se coloca en posición central rodeada y en ocasiones entibada por el resto de los recipientes del ajuar. La escasez de espacio en este tipo de estructuras provoca en ocasiones la fractura de los recipientes que son forzados a acomodarse en un espacio restringido. En alguna ocasión ante la falta de espacio uno de los pequeños recipientes que integraba el ajuar fue depositado en el interior de la urna cineraria junto con los restos cremados. En las tumbas que cuentan con mayor espacio, se procura una división del mismo, y se documenta que en la medida de lo posible se tiende a localizar el depósito

de los restos cremados en un área concreta, tanto si se guardan en su recipiente como si se colocan directamente sobre el suelo de la tumba que por lo general suele ir revocado de yeso al igual que las paredes. El resto de los elementos que integran el ajuar, sobre todo los recipientes de ofrendas, se distribuyen alrededor ocupando el resto del espacio funerario.

Casos especiales en cuanto a la constatación de un patrón específico de organización interna de la tumba y distribución de sus elementos estarían representados por las tumbas 11 y 48, que contarían con paralelos significativos en algunas de las necrópolis clásicas del mundo ibérico como las de la Alta Andalucía (Chapa y Pereira 1986, Pereira y Madrigal 1993). Estas tumbas que presentan una planta rectangular orientadas en el eje Este Oeste, presentan en el lado oriental una zona reservada que conforma un banco en el primero de los casos y una plataforma o caja de adobe localizada en la mitad de la pared oriental en el segundo. En ambos casos la urna que actuaba como contenedor de los restos cremados fue depositada en la zona reservada del lado oriental. El resto de los recipientes y elementos del ajuar se depositó en el suelo de la tumba en una cota más baja.

La norma general de la necrópolis es la del enterramiento individual: Una tumba = un individuo. Sin embargo contamos con algunas evidencias que demuestran que al igual que otras necrópolis del mundo ibérico, se practicaron distintas variantes de enterramientos múltiples (Pereira *et al.* 1998). En algunos casos las evidencias son indirectas como el caso de tumbas de gran tamaño en las que solo se documentó una urna cineraria, quedando un amplio espacio sin ningún tipo de depósito, ni de ajuar ni ofrendas o las cenizas de la cremación. El espacio sobrante parece sugerir que fue concebido para un número mayor de enterramientos que no se llegaron a realizar. En otro caso la excavación de la tumba proporcionó dos niveles de materiales asociados cada uno a un depósito de restos cremados. La disposición estratigráfica, y el mejor estado de conservación de los restos del nivel superior, parecen indicar un depósito sucesivo en dos momentos diferentes, como se ha podido documentar en otras necrópolis ibéricas (Pereira y Madrigal 1994, Chapa *et al.* 1998: 91). En otro caso se ha podido documentar distintos depósitos de restos cremados o no, en urnas cerámicas, en el suelo de la tumba y en el anillo de cenizas que rodeaba la tumba. El análisis de estos restos

antropológicos ha permitido la identificación de dos adultos y un infantil cremados junto con un neonato inhumado, que debieron ser depositados al mismo tiempo y cuyo único paralelo por el momento procede de La Serreta (Llobregat *et al.* 1992). Idéntica circunstancia de simultaneidad hemos documentado en una de las tumbas de las últimas campañas, en la que se utilizó como contenedor de los restos cremados de dos individuos el mismo recipiente cerámico.

En las tumbas donde se ha documentado el uso de recipientes cinerarios cerámicos para el depósito de los restos cremados, éstos se pueden incluir en el repertorio general de la cerámica ibérica. Son urnas a torno de tamaño medio o grande, en las que podemos distinguir dos sistemas de decoración: el clásico de los alfares ibéricos, a base de motivos geométricos sencillos pintados con pincel múltiple como, semicírculos y sectores de círculos concéntricos junto con tejadillos y ondulados paralelos, verticales y horizontales. Estos motivos se distribuyen ocasionalmente sobre el borde y sobre todo por la superficie exterior de los vasos en frisos delimitados por grupos de bandas horizontales y paralelas, y en algunos casos como los kalathos troncocónicos con un motivo estampillado. El segundo sistema decorativo pintado es muy característico de los repertorios cerámicos de la 2ª Edad del Hierro de la Meseta Sur a base de una decoración pintada que aplica un engobe en distintos tonos de rojizo y marrón con brochazos irregulares mostrando el fondo arcilloso del recipiente velado más o menos intensamente por franjas irregulares de pintura. Este tipo de decoración, que suele recibir la denominación de "jaspeada", es valorada como uno de los elementos representativos del repertorio cerámico carpetano (Blasco y Sánchez 1999: 130).

En cuanto a la morfología, las formas que predominan son las bitroncocónicas, globulares con tendencia esférica, ollas, caliciformes, crateriformes y piezas de cuello acampanado, con algunos ejemplares que recuerdan formas carenadas a mano propias del sustrato de la I Edad del Hierro, que aparecen fabricadas a mano. Junto con los recipientes cinerarios aparecen otra serie de piezas a torno a torno de menor tamaño de perfiles cerrados y tendencia globular o esférica como integrantes de los ajuares. Aparecen también formas abiertas como páteras de barniz rojo, cuencos con o sin decoración y platos que en ocasiones cumplen la función de tapadera de las urnas cinerarias. Como elemento peculiar de los

conjuntos funerarios de esta necrópolis, hay que reseñar la aparición sistemática de una serie de recipientes de pequeño tamaño. Están hechos a mano con una pasta de color negruzco o gris oscuro, poco cuidada mal decantada con degreasante muy grueso, siendo su función con toda probabilidad la de vasos de ofrendas.

Esta característica de los pequeños vasos de ofrendas a mano permite de alguna manera en un apartado significativo del ritual como es el depósito del ajuar (Rafel 1985: 23) caracterizar esta necrópolis frente a las "coetáneas" del área conquense y toledana (Carrobles 1995: 256). Y así mientras algunos aspectos tipológicos de las cerámicas y las estructuras funerarias se asemejan a los documentados en la necrópolis de Las Madrigueras (Carrascosa del Campo, Cuenca) (Almagro Gorbéa 1969) localizada también en el valle del río Cigüela, necrópolis del ámbito territorial más cercano presentan importantes diferencias en cuanto a ajuares y estructuras. En el caso de las toledanas de Las Esperillas (García Carrillo y Encinas 1987) o Casa de Soto (Carrobles 1995) son frecuentes las cerámicas con decoración a peine o los vasos polípodos con abundantes paralelos en la Meseta Norte (García Carrillo y Encinas 1990b), mientras que en las del área conquense como el Navazo (Galán 1980) y Buenache (Losada; 1966) destaca la práctica ausencia de los pequeños vasos en el ajuar funerario.

En el apartado de los objetos metálicos, hay que reseñar en primer lugar la escasa presencia de armas en los ajuares ya que prácticamente en las primeras campañas se reducía su número a dos pequeños cuchillos afalcatados, mientras que en los últimos trabajos de excavación si bien el número de hallazgos no ha aumentado exageradamente, si lo ha hecho el tipo de armamento documentado. Además de nuevos ejemplares de cuchillos afalcatados uno de los cuales conserva parte de las cachas de hueso, contamos con una falcata (Quesada 1990 a y b) de excepcional morfología (1), así como conjuntos de piezas que parecen corresponder a distintos equipos de guerrero y que todavía no podemos identificar con claridad hasta que concluyan los laboriosos procesos de consolidación y limpieza, pero que nos permiten identificar la presen-

(1) La falcata esta actualmente en proceso de restauración documentación y estudio. Presenta una tipología claramente andaluza y por su tamaño se puede clasificar entre las cinco más grandes documentadas en la Península Ibérica (Comunicación personal de D. Fernando Quesada). Estuvo decorada con un damasquinado en plata localizado en la hoja y la empuñadura.

cia en estos equipos de soliferra y espadas cortas de hoja recta.

En el resto de los elementos de ajuar destacan los objetos de adorno y atavío personal que suelen aparecer en el interior de la urna cineraria con los restos cremados. Cabe reseñar en primer lugar los fabricados en bronce destacando los anillos simples, botones, cuentas de collar, colgantes y una fálera decorada con una esvástica que presenta acanaladuras para incrustar algún tipo de material decorativo como hueso o marfil. En cuanto a las fíbulas destacan sobre todo las anulares con una amplia repertorio de todos los tamaños y tipologías (Cuadrado 1957, Ruiz Delgado 1989), apareciendo hasta cinco ejemplares dentro de la misma urna cineraria, una de las cuales por su pequeño tamaño tiene como paralelo más directo la pequeña fíbula del grupo 10 de Cuadrado que cierra el cuello de la túnica de la Dama de Elche (Vives y Sáez 1997: 9).

Se han documentado también numerosas cuentas de collar, anillos y restos de un posible amuleto de pasta vítrea, así como fragmentos de aryallos que suelen a parecer en las estructuras de planta cuadrada rellenas con tierra cenizosa. En hueso o marfil cabe destacar la aparición de fragmentos de plaquitas decoradas con incisiones pertenecientes a cajitas para guardar objetos o productos de uso personal. Las fusayolas, tradicionalmente adscritas al ámbito femenino aparecen por lo general en el interior de las urnas cinerarias, salvo el caso excepcional de una tumba con 15 ejemplares de distinta tipología y cuidada factura, que aparecieron sobre el enfoscado de yeso junto con un alisador de cuarcita.

2. SECUENCIA CRONOLÓGICA Y CULTURAL

Todas estas evidencias funerarias se articulan en un espacio concreto cuya primera propuesta de interpretación considera que estuvo en uso sin interrupción durante más de cuatrocientos años, a tenor de las estructuras funerarias utilizadas y la superposición de las mismas (Lám. I) que permiten proponer la siguiente secuencia.

Fase I.—Caracterizada por la presencia de tumbas en hoyo simple o fosa cuadrangular, entibadas con piedras así como restos de posibles quemaderos. Estos enterramientos se disponen sobre un nivel que en el sector norte ha proporcionado restos



Lám. I. Vista general de la necrópolis, con indicación de las tumbas fechadas. A tumba 48. B tumba 62. C tumba 3. D tumba 25. E tumba 9.

de un hábitat de pequeña entidad que a tenor de los materiales documentados se puede fechar en torno al Bronce Final. Las urnas de incineración son a mano con un ajuar escaso, en el que cabe destacar la presencia de objetos de hierro. La cronología de esta fase se centraría entre finales del siglo VII y principios del siglo VI a.d.C., paralelizable con Madrigueras. (Almagro Gorbea 1969) Las Esperillas (García Carrillo y Encinas 1988: 63) y Ocaña (González Simancas 1934).

Fase II.—En la que junto con “quemaderos” predominan las tumbas en hoyo simple sin superestructura, que delimite su perímetro. La superficie de la tumba, las paredes y el fondo pueden presentar en ocasiones un revoco de yeso, que también se utiliza para moldear soportes integrados en el interior de la tumba donde colocar los vasos funerarios. Aparecen también las estructuras de planta rectangular colmatadas con tierra cenizosa y en ocasiones con elementos de ajuar. Esta fase paralelizable con el horizonte de Carrascosa II se puede fechar en el siglo V a.d.C.

Fase III.—Aparecen las tumbas de planta cuadrada y rectangular, junto con las que presentan superestructuras o túmulos de 2/3 hileras de adobe con un encintado perimetral más claro. Aparecen también tumbas más sencillas de planta cuadrada oval y circular enfoscadas en yeso. Otro tipo de tumba de mediana entidad, presenta una planta rectangular con estructura internas de adobe que compartimentan el espacio funerario. Es en esta fase donde se han documentado los únicos ejemplares de cerámica griega, en los sectores excavados en las primeras campañas: Dos “kantharoi” áticos de barniz negro de la forma 40 C de Lamboglia con una cronología de la mitad del siglo IV a.C. (Arribas 1987). La incineración es el ritual utilizado al igual que en la fase anterior. La cronología proporcionada por las piezas áticas y los distintos tipos de fíbulas anulares permiten encuadrar esta fase en el siglo IV a.d.C.

Fase IV.—Se mantiene el uso de estructuras tumulares de planta rectangular o cuadrada, junto con fosas ovaladas, de planta rectangular y enterramientos en hoyo. Es en esta fase donde hemos documentado la coexistencia del ritual de la incineración con el de la inhumación que se practicó en el caso de un adulto y tres individuos infantiles de muy corta edad, circunstancia poco habitual pero tampoco

excepcional en el panorama funerario ibérico (Pereira y Madrigal 1993). La cronología propuesta para esta fase a partir de los restos de armamento y elementos de adorno personal sería la primera mitad del siglo III a.d.C.

Fase V.—En la que se han documentado tanto tumbas en hoyo, como un túmulo de planta cuadrada realizada con losas de arenisca local, con el espacio funerario localizado en el centro. Estas tumbas que se localizan en la cota más alta de la elevación natural sobre la que se asienta la necrópolis corresponderían a la última fase de utilización de la misma, que se fecharía en la transición del siglo III al II a.C.

En la actualidad los resultados obtenidos dentro del proyecto de investigación programado, van a permitir el estudio y análisis de un total de 140 estructuras o conjuntos funerarios, en los que se incluyen los documentados en las campañas previas al diseño y desarrollo del proyecto de actuación integral sobre el yacimiento (Carrobes *et al.* 2000). Este volumen de datos hacen de esta necrópolis junto con la de Las Esperillas (Santa Cruz de la Zarza, Toledo) (García Carrillo y Encinas 1987; 1990a), los dos referentes básicos para interpretar el desarrollo del mundo funerario carpetano (Blasco y Barrio 1992) desde el Hierro I hasta la romanización. Sin embargo el protagonismo de estas dos necrópolis toledanas no implica que sean las únicas conocidas. En los límites del territorio carpetano que actualmente manejan distintos investigadores (Blasco y Sánchez 1999) se conocen otras manifestaciones y conjuntos funerarios como los de Villanueva de Bogas (Llopis 1950), Illescas, Ocaña, Yepes, Pantoja y Mocejón en Toledo (Mapa), junto con Valmatón (Guadalajara) y El Espartal, La Gavia, Titulcia, Aranjuez y Perales de Tajuña en Madrid (Blasco y Barrio 1992).

Sin embargo en los yacimientos reseñados el volumen y la calidad de los materiales documentados no tienen por el momento la suficiente entidad para completar los rasgos que a partir del ritual, estructuras y ajuares documentados en Las Esperillas y Palomar de Pintado se pueden considerar como definidores de la etnogénesis carpetana (Blasco y Sánchez 1999: 129). En los trabajos sobre las etnias prerromanas, consolidados desde la década de los 90 (VV.AA. 1992, Chapa y Pereira 1994), una de las estrategias utilizadas es la contrastación del registro funerario con el de territorios vecinos, para delimitar los rasgos discri-

minantes que permiten identificar territorios con elementos de identidad propios, susceptibles de ser adscritos a una etnia. En este tipo de estudios que completan y matizan los datos de las fuentes escritas, el papel de las necrópolis en las que se documentan prolongados períodos de utilización junto con variantes de los rasgos que se consideran significativos, adquiere una valor de referencia indiscutible.

En el caso que nos ocupa de la necrópolis del Palomar de Pintado, las características de su registro funerario han propiciado su inclusión e identificación como perteneciente al mundo carpetano dentro del área ibérica de la Meseta Sur (Blasco y Barrio 1992, Blasco 1992, Blánquez 1999). Esta adscripción, cobra mayor interés a partir de los paralelos que se pueden establecer con otras necrópolis de la zona occidental de Cuenca, en las cuencas superiores de los ríos Záncara y Cigüela, como la de Las Madrigueras en Carrascosa del Campo (Almagro Gorbea 1969, Lorrio 1999: 118). Este estratégico territorio que ocupa el centro del Oriente de la Meseta Sur, se configura como una vía de paso, un territorio de transición de difícil adscripción étnica, pues mientras algunos autores lo incluirían en los límites de la Carpetania, para otros su vinculación con el área celtibérica es indiscutible (Lorrio 1999: 118).

Lo que si parece fuera de toda duda es la vinculación de esta franja de transición a los influjos procedentes del Sureste y el área levantina responsables de la iberización del área carpetana, que explicaría las semejanzas en el registro funerario entre las tierras toledanas y conquenses. Esto se correspondería con una delimitación territorial y étnica fluctuante para el sector oriental de la Carpetania, a lo largo de la II Edad del Hierro (Blasco y Sánchez 1999).

La situación geográfica de la necrópolis de Palomar de Pintado en el sector suroriental del área carpetana vinculada a esta franja de transición, así como las características ya reseñadas de su registro funerario, la convierten en un yacimiento idóneo en el que la aplicación un protocolo de fechaciones de C-14 permite avanzar en un doble objetivo. El primero en el de fijar su ámbito temporal y secuencia de uso, hasta ahora basada en criterios estratigráficos y tipológicos. El segundo, avanzar en la precisión de la llegada y desarrollo de los distintos influjos del área ibérica que incidieron en el proceso de etnogénesis de las comunidades prerromanas que las fuentes identifican como carpetanas.

3. FECHAS RADIOCARBÓNICAS

Presentamos a continuación como resultado de la aplicación de este protocolo (2) siete fechas radiocarbónicas procedentes de otros tantos conjuntos funerarios representativos de la propuesta de secuencia de utilización de la necrópolis ya reseñada para la necrópolis de Palomar de Pintado. La selección de los restos antropológicos de las incineraciones como el material sobre el que efectuar los análisis radiocarbónicos se basó en los siguientes argumentos. En primer lugar cabe destacar los buenos resultados que el sistema de Carbono 14 AMS está proporcionando para la fechación de las necrópolis de incineración (Chapa 2000: 15). Por otro lado los restos óseos cremados se han documentado en un volumen muy significativo por tumba, más de la mitad de las incineraciones supera los 300 gms., y era fácil obtener muestras en torno a los 20 gms que solicitaba el protocolo del laboratorio. El que todas las muestras fueran del mismo material añadía un factor de homogeneidad para la coherencia de los resultados, así como su contexto, ya que salvo en un caso todas las incineraciones seleccionadas habían sido extraídas de sus respectivos contenedores cerámicos. En otro orden de cosas la fechación de los restos óseos cremados permite precisar la fecha de construcción y utilización de las tumbas, que en esta necrópolis y en su gran mayoría debió ser inmediata o simultánea al ritual de cremación.

Muestra Beta 178476

Procedencia: Tumba 25.

Material: Hueso humano quemado.

Contexto arqueológico: La tumba, que corresponde a la última fase de la necrópolis, consistía en un hoyo de boca circular cuyo borde y superficie interna se cubrió de yeso. En el centro y rodeada de otros vasos de menor tamaño se colocó una urna a torno decorada con un motivo de semicírculos concéntricos (Fig. 2) que contenía los restos óseos cremados de los que se extrajo la muestra. Mezclados con los restos óseos se documentaron dos pequeños adornos de oro y un alisador lítico pulimentado.

(2) El desarrollo de este protocolo, se ha efectuado, en el marco del II convenio de colaboración entre la Universidad de Castilla La Mancha y la Diputación Provincial de Toledo, dentro del Proyecto de Investigación: Arqueología funeraria ibérica: La necrópolis de Palomar de Pintado. Los análisis han sido efectuados por el laboratorio Beta Analytic de Florida que aplicó para la calibración y estadística los parámetros de Stuiver *et al.* 1998 y Talma y Vogel 1993.

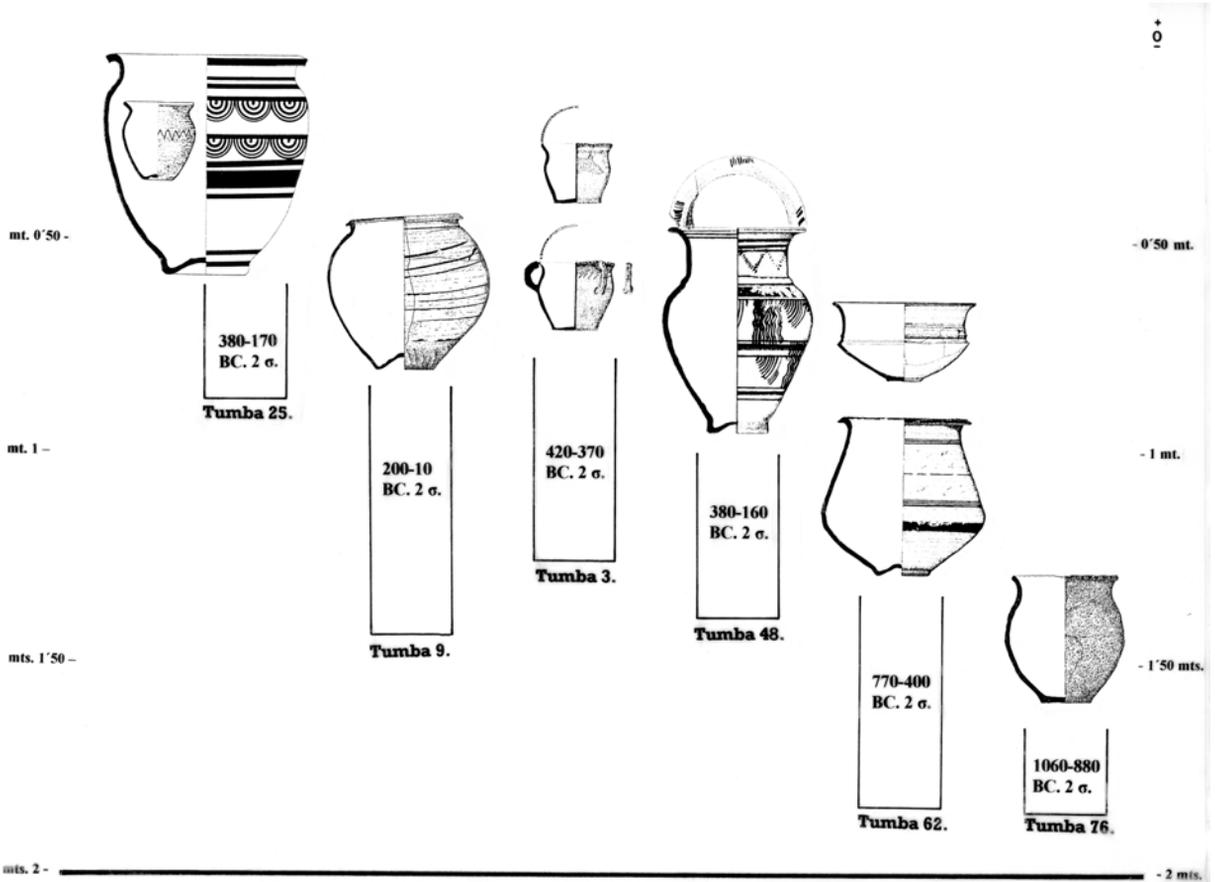


Fig. 2. Correlación de los datos radiocarbónicos, estratigráficos y tipológicos de las tumbas seleccionadas. Se han representado gráficamente las cotas de la boca y fondo de las tumbas.

Edad radiocarbónica convencional: 2210 ± 40 BP.

Edad calibrada dendrocronológicamente: cal BC 350, 300, 200.

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal BC 370-200; 2 σ cal BC 380-170.

Muestra Beta 178475

Procedencia: Tumba 9.

Material: Hueso humano quemado.

Contexto arqueológico: Estructura tumular de planta rectangular, formada por dos/tres hiladas de adobes. En el centro se localiza la boca circular de un enterramiento en hoyo, en el que se depositó una urna a torno de mediano tamaño con decoración jaspeada, acompañada de un vasito de ofrendas a mano. En el interior de la urna a torno (Fig. 2) se documentó los restos de la incineración de un infantil y un adulto al que corresponde la muestra analizada junto con restos de bronce y una cuenta de

pasta vítrea. Esta tumba se correspondería con la reseñada fase IV de la secuencia de la necrópolis.

Edad radiocarbónica convencional: 2090 ± 40 BP.

Edad calibrada dendrocronológicamente: cal. BC. 100.

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal BC 170-50; 2 σ cal BC 200-10.

Muestra Beta 178474

Procedencia: Tumba 3.

Material: Hueso humano quemado.

Contexto arqueológico: Estructura tumular de planta cuadrada de varias hiladas de adobes de color oscuro, que se adscribe a la fase IV de utilización de la necrópolis. En el centro de la plataforma superior se localiza la boca circular del enterramiento delimitada por una línea de yeso correspondiente al enfoscado de yeso que cubre la superficie interior del espacio funerario. En el interior de la tumba se

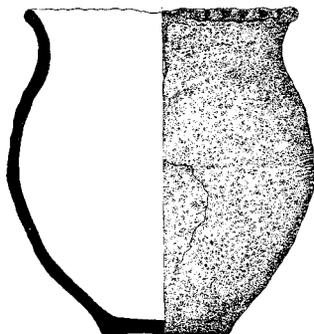


Fig. 3. Urna a mano de la tumba 76.

depositaron los huesos cremados de los que se extrajo la muestra, sin ningún tipo de contenedor. Sobre el conjunto óseo se encontraron tres pequeños vasos a mano (Fig. 2), uno de los cuales presentaba como tapadera un cuenco a torno. También aparecieron dos cuentas de collar y fragmentos de otras dos.

Edad radiocarbónica convencional: 2330± 40 BP.

Edad calibrada dendrocronológicamente: cal BC. 390.

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal BC 400-380; 2 σ cal BC 420-370.

Muestra Beta 178473

Procedencia: Tumba 48.

Material: Hueso humano quemado.

Contexto arqueológico: Tumba de planta rectangular. En el lado menor oriental se construyó una pequeña plataforma de planta cuadrada en el que se colocó una urna a torno de cuello acampañado, decorada con motivos geométricos pintados monocromos (Figs. 2 y 5). En el interior de esta urna se encontraron los restos cremados de los que se tomó la muestra para análisis, junto con elementos de adorno personal como fíbulas anulares de bronce. En la misma plataforma de la urna de incineración también se depositaron vasos de ofrendas a mano con tapadera. En el lado menor occidental junto con un vaso mediano a torno, se documentó un gran vaso de perfil cerrado globular, que solo contenía tierra cenizosa y un pequeño arete de oro. Esta tumba se adscribe a la fase III de uso de la necrópolis.

Edad radiocarbónica convencional: 2200± 40 BP.

Edad calibrada dendrocronológicamente: cal BC. 350,310,210.

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal BC 360-190; 2 σ cal BC 380-160.

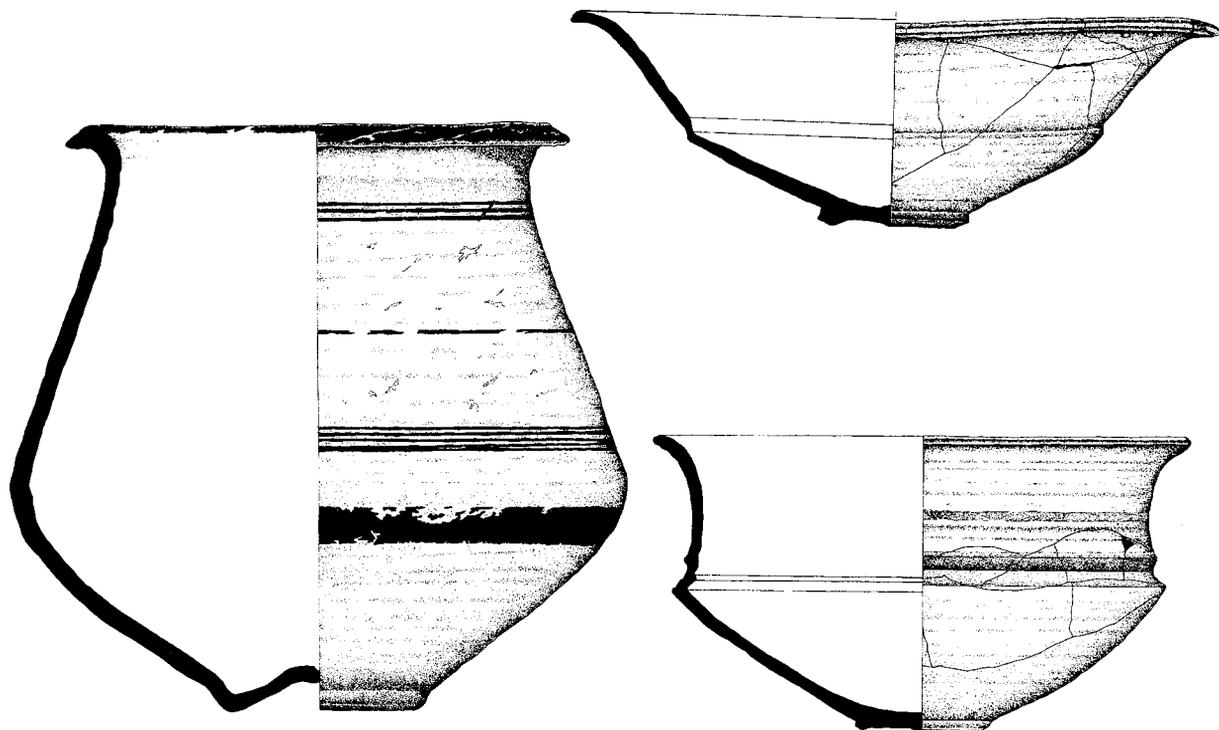


Fig. 4. Cerámicas a torno de la tumba 62.

Muestra Beta 178470

Procedencia: Tumba 30.

Material: Hueso humano quemado

Contexto arqueológico: Tumba adscrita a la Fase II de la secuencia de la necrópolis. Esta configurada por un hoyo en el que se depositó, entibada con pequeñas piedras, una olla mano de mediano tamaño, con dos “lañas” o refuerzos de yeso en el borde, y fondo plano. En su interior se encontraba la cremación de la que se extrajo la muestra para análisis, junto con un pendiente de plata, una posible fíbula de bronce y un fragmento de brazal lítico convertido en colgante.

Edad radiocarbónica convencional: 1730 \pm 40 BP.

Edad calibrada dendrocronologicamente: cal. AD. 330

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal AD 250-380; 2 σ cal AD 230-410.

Muestra Beta 178472

Procedencia: Tumba 62.

Material: Hueso humano quemado.

Contexto arqueológico: Esta tumba también se adscribe a la fase II de utilización de la necrópolis. Se trata de una tumba en hoyo de planta circular, con la particularidad de presentar una hornacina interna muy cerca de la boca. Toda la superficie interna de la tumba, así como la hornacina están revocadas con una espesa capa de yeso. Con el mismo yeso se han modelado en el fondo de la tumba una especie de soportes semicirculares, sobre los que se depositaron los vasos del ajuar y la urna cineraria de la que se extrajo la muestra para análisis (Figs. 2 y 4). En el interior de la urna junto con los restos óseos quemados aparecieron dos fíbulas de bronce muy deterioradas y un cuchillo afalcatado de hierro. Adosada a la boca del enterramiento se documentó una pesa de telar de gran tamaño.

Edad radiocarbónica convencional: 2440 \pm 40 BP.

Edad calibrada dendrocronologicamente: cal. BC. 520

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal BC 760-680 / 550-410; 2 σ cal BC 770-400.

Muestra Beta 178469

Procedencia: Tumba 76

Material: Hueso humano quemado.

Contexto arqueológico: Tumba en fosa de planta rectangular, rellena de tierra cenizosa, en la que se

incrustó una urna a mano de perfil globular con el fondo plano. El borde aparece ligeramente exvasado y decorado con digitaciones (Figs. 2 y 3). En el interior de la urna se depositaron los restos óseos cremados junto con un cuchillo de hierro y un brazalete de bronce. Esta tumba se adscribe a la Fase I de utilización de la necrópolis.

Edad radiocarbónica convencional: 2820 \pm 40 BP.

Edad calibrada dendrocronologicamente: cal. BC. 970

Intervalos de edad calibrada: 1 σ cal BC 1010-920; 2 σ cal BC 1060-880.

4. PRIMERAS CONCLUSIONES

Los resultados presentados (Tabla 1), si bien nos permiten matizar las primeras interpretaciones sobre la secuencia de uso y desarrollo de la necrópolis y delimitar con mayor precisión algunas de sus fases, han de correlacionarse necesariamente con los datos estratigráficos y tipológicos, incidiendo en un análisis más crítico de los mismos y en propuestas de interpretación más refinadas. Esta situación se hace más evidente sobre todo para las fechas obtenidas para las fases más recientes de la necrópolis, en las que a pesar de que la desviación estándar de las fechas no es elevada, los resultados obtenidos se solapan, de manera que será su relación estratigráfica la que nos permita una elección más ajustada de la fecha. En este marco, hay que destacar el caso especial de la fecha Beta 178470, correspondiente a la tumba 30 y cuyo resultado no puede tomarse en consideración, no solo por criterios estratigráficos, sino también por el análisis tipológico de la urna cineraria de la que se extrajo la muestra. Ante la discordancia con la fecha posible por su ubicación estratigráfica, una revisión detallada de la documentación planimétrica, y de los datos de la excavación, permitió confirmar la existencia de una alteración estratigráfica a partir de la formación de un basurero en época romana, lo que sin duda debió alterar las condiciones de conservación del enterramiento y que explicaría una fechación a todas luces aberrante.

En lo que se refiere al marco cronológico general de la necrópolis (Fig. 2), la primera precisión que nos ofrecen los resultados obtenidos es modificar la primera interpretación de una necrópolis con continuidad de uso desde el primer momento. Desde la primera fase de uso de la necrópolis co-

Nº tumba	Código Lab.	Edad C-14 (años BP)	Edad calibrada (cal BC)	Intervalos de edad calibrada y probabilidad asociada			
				1σ		2σ	
				Intervalos (cal BC)	Probabilidad (%)	Intervalos (cal BC)	Probabilidad (%)
25	Beta-178476	2210±40	350 300 200	370-200	68	380-170	95
3	Beta-178474	2330±40	390	400-380	68	420-370	95
9	Beta-178475	2090±40	100	170-50	68	200-10	95
48	Beta-178473	2200±40	350 310 210	360-190	68	380-160	95
30	Beta-178470	1730±40	330 A.D.	250-380 A.D.	68	230-410 A.D.	95
62	Beta-178472	2440±40	520	760-680 550-410	68	770-400	95
76	Beta-178469	2820±40	970	1010-920	68	1060-880	95

Tab. I. Resumen de las fechas radiocarbónicas.

respondiente a Beta 176489 hasta la segunda fase representada por Beta 178472 (Tabla 1) hay un claro hiato cronológico que en una selección de fechas a la baja duró al menos más de un siglo y delimita en una perspectiva general dos momentos distintos en la necrópolis que probablemente se corresponden con realidades poblacionales y culturales diferentes.

En esta primera fase en la que se inicia la necrópolis, la fecha de Beta 178469, sitúa entre el siglo X y IX a.C. el ritual de incineración para este sector del área manchega. Esta fecha se enmarcaría entre las procedentes de los territorios del Alto Tajo en la Meseta oriental como las de Herrería en la que la incineración aparece vinculada a influencias de los Campos de Urnas entre los siglos XII y X a.C. (Cerdeño *et al.* 2002) y la procedente de área levantina en la necrópolis de la Peña Negra en la que se

reivindica el desarrollo del substrato autóctono y para la que contamos con una fecha (CSIC-360) de mediados del siglo IX a.C. (González Prats 2002). Palomar de Pintado aparece como un jalón más de la distribución de la incineración en la meseta Sur, asociada a otras manifestaciones funerarias como las de Munera (Albacete), Llano de los Ceperos (Lorca, Murcia), Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla) y Tiriez (Albacete) (González Prats 2002). Sin embargo las fechas de estos yacimientos no van más allá de mediados del siglo VIII a.C., lo que hace de Palomar de Pintado con la fecha calibrada a dos sigmas 1060-880 A.C. la evidencia más antigua del uso de la incineración para el área manchega de la Meseta Sur. Esta fecha plantea además la disyuntiva de si nos encontramos ante la llegada de influencias de los Campos de Urnas favorecida por el declive del mundo de Cogotas I, o se trata como

señala González Prats (2002) de una nueva dirección en el desarrollo de la población autóctona. El que la urna (Fig. 3) donde se depositó la incineración, presente un perfil globular y decoración digitada, más propia del mundo de Cogotas I que de los Campos de Urnas, sería un argumento a considerar en una futura propuesta que deberá contar con un mayor volumen de evidencias.

Un caso más complejo es el ajuar metálico de esta incineración, constituido por una brazaete de bronce y un cuchillo de hierro. Este objeto de hierro se convierte en uno de los más antiguos de la Meseta, junto con el escoplo de la Muela de Alarilla (Guadalajara) (Méndez y Velasco 1986: 28) y la pieza de la tumba 32 de Arroyo Culebro (Leganés, Madrid) (Penedo *et al.* 2001). Tanto en el caso de la Muela, procedente de un contexto con cerámicas de Cogotas I, como en el de Arroyo Culebro que cuenta con una fecha de termoluminiscencia que permite llevar su cronología al siglo IX a.C., se pueden considerar al igual que el cuchillo de Palomar de Pintado como importaciones. La llegada de estas importaciones puede interpretarse bien como resultado del establecimiento de redes indígenas de intercambios comerciales atlánticos-mediterráneos (Ruiz Gálvez 1998: 296-304), o como defienden otros de un secuencia de contactos precoloniales (Almagro Gorbea 1992).

En esta discusión científica sobre la temprana presencia de elementos de hierro tanto en la periferia como en los territorios del interior de la península, el cuchillo de hierro de Palomar se une como una evidencia más a los nuevos hallazgos como el de Castelo de Beijós (Viseu, Portugal) en el que se ha documentado un cuchillo de hierro afalcatado con una fecha calibrada entre 1310-1009 A.C. (Senna-Martinez 2000: 56).

Es en la segunda fase de utilización de la necrópolis, donde la continuidad de uso aparece de modo claro en los solapamientos de las fechas obtenidas si bien en la fase final se aprecia una distorsión estratigráfica. El posible hiato cronológico apreciable para el final de la ocupación de la necrópolis tendría más que ver con la elección de las tumbas representativas, que con la existencia real del mismo. Como se puede ver en la figura 2 en la que aparece la posición estratigráfica de las tumbas con la representación de su profundidad de boca a fondo, incluyendo con la fecha radiocarbónica calibrada, piezas de la tipología cerámica más representativa, a fin de conseguir la interrelación de datos que antes señalábamos. Así pues la duración de uso de la 2ª fase

de la necrópolis se establece a partir de las tumbas 62 y 25 correspondientes a Beta 178472, 770-400 a.C. y Beta 178476, 380-170 A.C., lo que nos lleva a un marco cronológico de finales del siglo V a.C. a la primera mitad del siglo II a.C. En el caso de la tumba 62 hemos elegido la fecha más baja del intervalo a 1 sigma 550-410 A.C. matizado a partir de la tipología de los recipientes cerámicos (Figs. 1 y 3), que cuentan con paralelos muy claros en las tumbas III, XXXV, y LIV de las Madrigueras (Almagro Gorbea 1969) (Mena 1984) el Navazo (Galán 1980), Villanueva de los Escuderos (Mena 1984) y en la tumba 36 de Las Esperillas (García Carrillo y Encinas 1987: 52) representativas de la Fase Carrascosa II con una cronología propuesta de finales del siglo V a.C. En la tumba 25 la posición estratigráfica ha sido el criterio determinante para elegir la fechación más baja calibrada, que no presenta discrepancias con el análisis tipológico de los materiales cerámicos de su ajuar.

El siguiente momento de utilización está representado por las tumbas 48 y 3 (Figs. 1 y 4) correspondientes a Beta 178473 y Beta 178474 respectivamente, en las que hemos seleccionado las fechas calibradas más próximas 380 y 370 A.C. respectivamente, que parecen más coherentes con su posición estratigráfica y que en el caso de la tumba 48 tiene una confirmación en una fecha de termoluminiscencia (3) de principios del siglo IV a.C. Estas dos tumbas muestran para esta fase de la necrópolis la convivencia del modelo de tumba en hoyo con otras de diferente y compleja tipología., así como variantes en la deposición de los restos humanos cremados, como su depósito directamente sobre el suelo, sin ningún tipo de contenedor. El mismo panorama de variabilidad encontramos en los ajuares lo que nos permite documentar la consolidación de la influencia del área ibérica en las decoraciones y tipos de los ajuares cerámicos, por un lado y el desarrollo y aceptación de elementos autóctonos como los pequeños vasos a mano de pasta oscura, complemento del ajuar y en ocasiones elemento principal, así como la decoración "jaspeada en recipientes a torno de mediano y gran tamaño.

Para la última fase de ocupación de la necrópolis la agrupación de las fechas Beta 178475 y Beta 178476, en torno al primer cuarto del siglo II, si bien desde el punto de vista de la tipología de los ajuares no ofrece inconvenientes, si presenta una

(3) Comunicación personal de Asunción Millán. Laboratorio de Datación y Radioquímica Universidad Autónoma de Madrid.

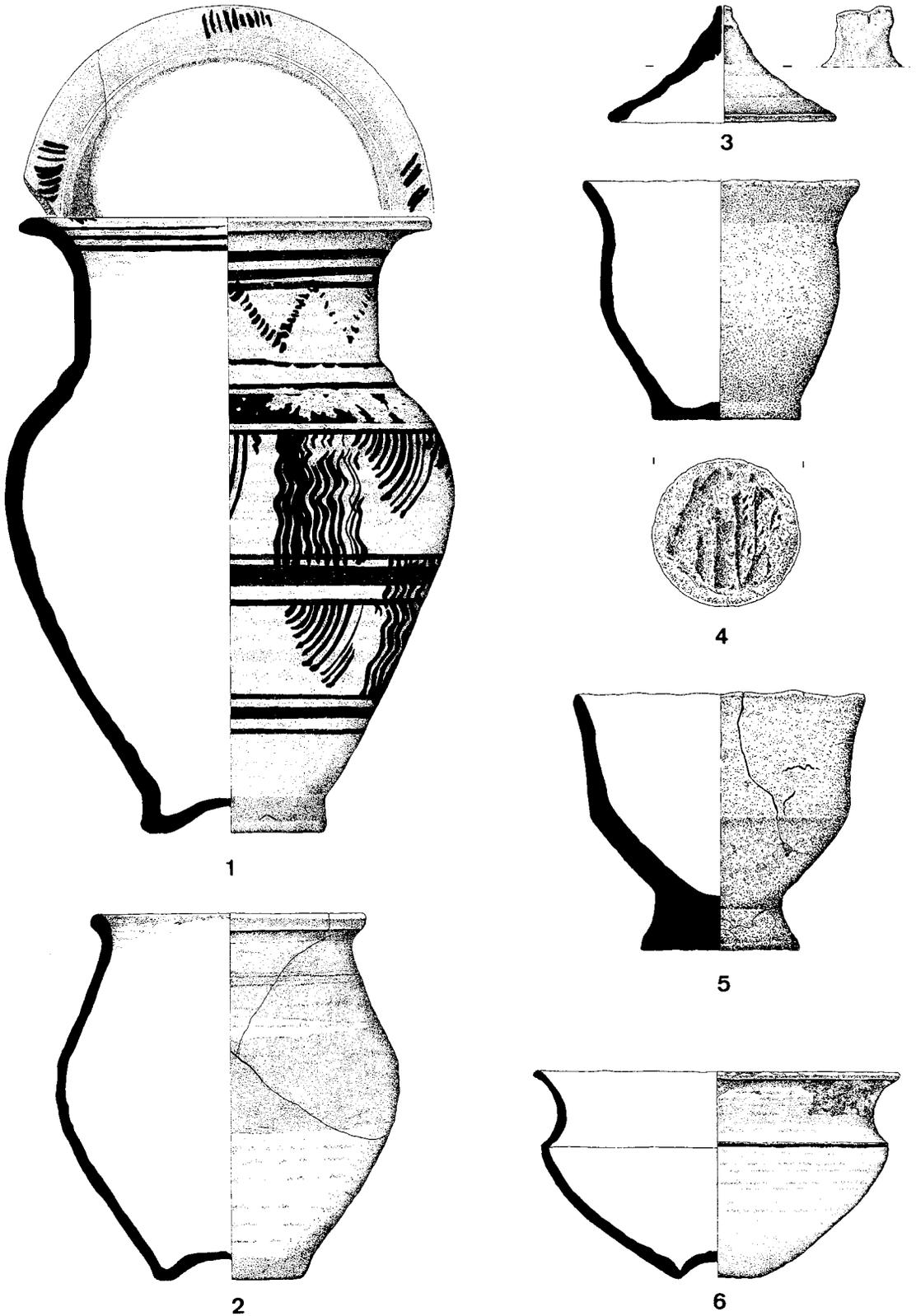


Fig. 5. Ajuar cerámico de la tumba 48, nºs 4 y 5 a mano.

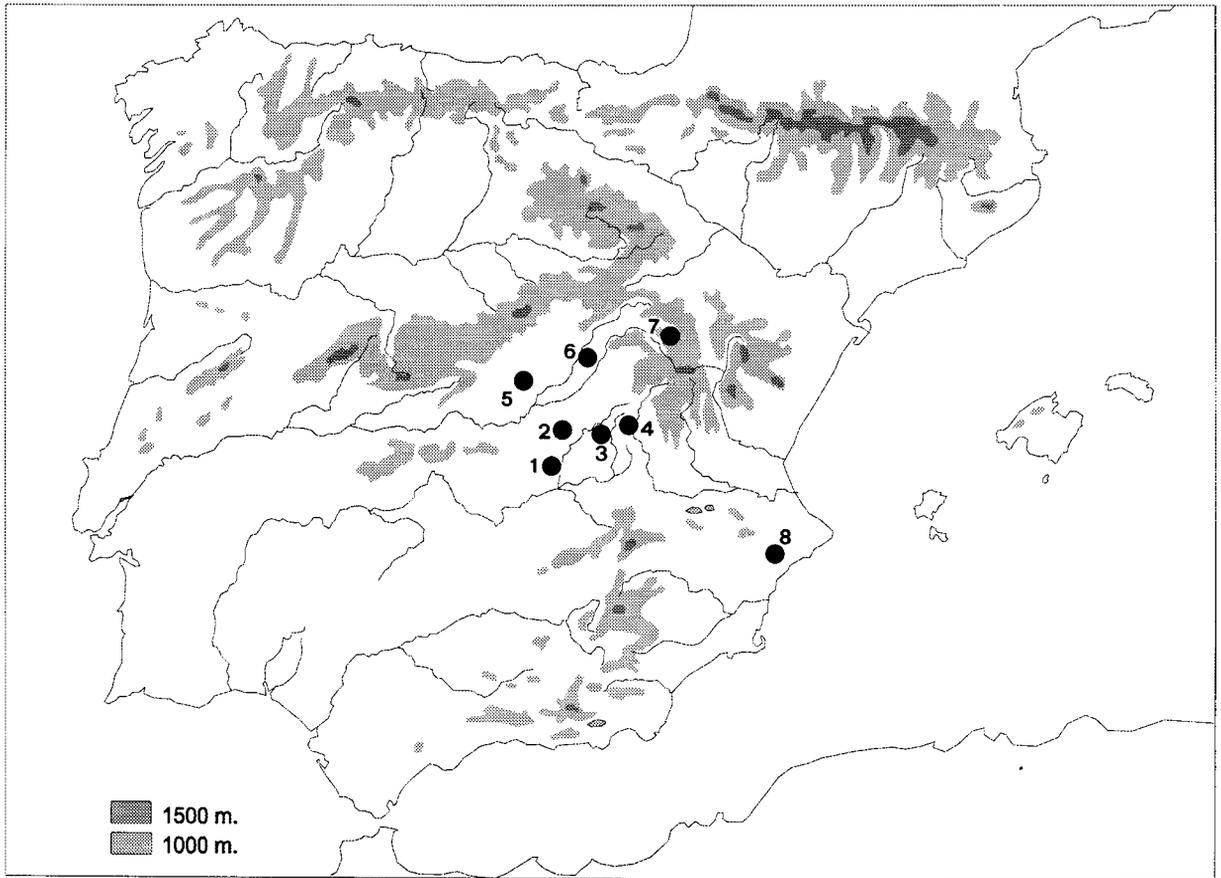


Fig. 6. Principales yacimientos mencionados en el texto. 1, Palomar de Pintado. 2, Esperillas. 3, Madrigueras. 4, El Navazo. 5, Arroyo Culebro. 6, Alarilla. 7, Herrería. 8, Peña Negra.

cierta falta de correlación en cuanto a la posición estratigráfica de Beta 178475, correspondiente a la tumba 9 con respecto a la tumba 3 de la fase anterior, acentuada por el hiato cronológico existente entre las fechas calibradas de ambas (Fig. 2). Esta circunstancia nos lleva a plantearnos la posibilidad de que conforme avanza el uso de la necrópolis las reiteradas superposiciones que se producen desde el siglo IV van a llevar a la colmatación del espacio funerario, cuyos límites se ampliarían hacia el sector Este en el que se localizó la tumba 9 que presentaría una cierta distorsión estratigráfica. De esta manera en la selección de conjuntos funerarios se descartaron otros de indudable continuidad en las superposiciones de tumbas pero de estructura sencilla como las tumbas en hoyo, a favor de la tumba 9 que presentaba una variante de las estructuras tumulares, pero la fecha que nos ha proporcionado presenta los inconvenientes antes reseñados.

Como resumen de las aportaciones del conjun-

to de fechas presentadas cabe resaltar para la primera fase de la necrópolis de Palomar de Pintado, la temprana presencia del ritual incinerador y de objetos de hierro en el área manchega, que no deben atribuirse necesariamente a estímulos del mundo de los Campos de Urnas. En cuanto a la segunda fase, hay que destacar un primer momento a finales del siglo V a.C. que muestra interesantes puntos de contacto con necrópolis del Horizonte Carrascosa II, que confirma la interpretación de otros investigadores de lo complejo que resulta en este momento la identificación étnica de este territorio (Fig. 6) surcado por el Záncara y el Ciguela al que llegan las primeras influencias del área ibérica (Almagro Gorbea 1999). A partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. parecen consolidarse elementos funerarios que se adscriben a la etnia carpetana (Blasco y Sánchez 1999) (Lorrio 1999) y que se van a mantener hasta los inicios del siglo II a.C., en que deja de estar en uso la necrópolis, coincidiendo con las

noticias de las fuentes (Almagro Gorbea 1999) de una fuerte oposición de las comunidades carpetanas a los intereses de Roma.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1992: "Paleoetnología de la Península Ibérica". En M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Complutum* 2-3.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1969: *La Necrópolis de las Madrigueras. Carrascosa del Campo (Cuenca)*. Biblioteca Præhistórica Hispana X. Madrid.
- 1993: "La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protorientalizante". *Complutum* 4: 81-94.
 - 1999: "Los iberos en Castilla La Mancha". *1ª s Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla La Mancha*: 25-48. Toledo.
- ARRIBAS, A. 1987: *El barco de El Sec (Mallorca). Estudio de los materiales*. Mallorca.
- BLÁNQUEZ, J. 1991: "Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta". En Blánquez y Antona (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Comunidad de Madrid. UAM. Madrid: 235-278.
- 1999: "Las necrópolis ibéricas en el actual territorio de Castilla La Mancha". *1ª s Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla La Mancha*: 49-87. Toledo.
- BLASCO, C. 1992: "Etnogénesis de la Meseta Sur". En M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): "Paleoetnología de la Península Ibérica". *Complutum* 2-3: 281-297.
- BLASCO, C. y BARRIO, J. 1992: "Las necrópolis de la Carpetania". En Blánquez y Antona (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Comunidad de Madrid. UAM: 235-278. Madrid.
- BLASCO, C. y SÁNCHEZ, E. 1999: "Apuntes de Cartografía Carpetana". *Arqueología Espacial* 21: 117-151.
- CABRÉ, J. y MOTOS, F. 1920: *La necrópolis de Tutugi, Galera Provincia de Granada*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memoria 21 (1918). Madrid.
- CARROBLES, J. 1995: "La necrópolis ibérica de Palomar de Pintado". En J. Blánquez (Coord.). *El mundo ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000*. Junta de Comunidades de Castilla la Mancha: 251-258.
- CARROBLES, J. y RUIZ ZAPATERO, G. 1990: "La necrópolis de la Edad del Hierro de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)". *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*: 238-258. Toledo.
- CARROBLES, J.; PEREIRA, J. y RUIZ, A. 2000: "Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo): Un proyecto de formación académica, investigación y revalorización de un yacimiento arqueológico". *Trabajos de Prehistoria* 57(2): 147-160.
- CERDEÑO, M.L.; MARCOS F. y SAGARDOY T. 2002: "Campos de urnas en la Meseta Oriental: nuevos datos sobre un viejo tema". *Trabajos de Prehistoria* 59(2): 135-147.
- CHAPA, T. 2000: "Aplicaciones de la Arqueología de la Muerte en la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica". *3º Congreso de Arqueología Peninsular V. Proto-Historia da Península Ibérica*. ADECAP. Porto: 9-19.
- CHAPA, T. y PEREIRA, J. 1986: "La organización de una tumba ibérica: un ejemplo de la necrópolis de los Castellones de Céal (Jaén)". *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el microespacio* 3: 369-385.
- 1994: "Las etnias prerromanas del Sureste: Problemas de su comprobación arqueológica". *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J.; MADRIGAL, A. y MAYORAL, V. 1998: *La necrópolis ibérica de los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*. Colección Arqueología. Junta de Andalucía. Universidad de Jaén. Sevilla.
- CUADRADO, E. 1957: "La fíbula anular hispánica y sus problemas". *Zephyrus* VII: 5-67. Salamanca.
- GALÁN, C. 1980: "Memoria de la primera campaña de excavación en la necrópolis del Navazo (La Hinojosa, Cuenca) 1976". *Noticiario Arqueológico Hispano X*: 141-207.
- GARCÍA CARRILLO, A. y ENCINAS, M. 1987: "La necrópolis de la Edad del Hierro de Las Esperillas, Santa Cruz de la Zarza (Toledo)". *Carpetania* I: 43-68.
- 1990 A: "Necrópolis de Las Esperillas (Santa Cruz de la Zarza, Toledo)". *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*: 259-274. Toledo.
 - 1990 B: "Cerámicas incisas del conjunto funerario 44-45 de la necrópolis de Las Esperillas (Santa Cruz de la Zarza, Toledo)". *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas*: 317-326. Zaragoza.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 2002: *La necrópolis de cremación de Les Moreres. (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII AC)*. Alicante.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. 1934: *Excavaciones en Ocaña. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 13. Madrid.
- LORRIO, A. 1999: "Íberos y Celtíberos en el Noreste de la Meseta Sur: Evolución cultural y delimitación del territorio meridional de la Celtiberia". *1ª s Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla La Mancha*: 103-127. Toledo.
- LOSADA H. 1966: "La necrópolis de la Edad del Hierro de Buenache de Alarcón. (Cuenca)". *Trabajos de Prehistoria* XX. Madrid.
- LLOBREGAT, E.; SALA, F.; JUAN, J.; REIG, C.; SEGURA, JM. y CORTELL, E. 1992: "La necrópolis de la Serreta. Resumen de la campaña de 1987". *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique*

- Pla Ballester*. Servicio de Investigación Prehistórica. Trabajos Varios 89. Diputación Provincial de Valencia: 83-116.
- LLOPIS, S. 1950: "La necrópolis celtibérica de Villanueva de Bogas (Toledo)". *Archivo español de Arqueología* 23: 196-198.
- MENA, P. 1984: *Catálogo de cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*. Boletín del Museo Provincial de Cuenca I. Cuenca.
- MÉNDEZ, A. y VELASCO, F. 1986: "Alarilla. Una propuesta de metodología arqueológica". *Arqueología espacial* 9. Coloquio sobre el microespacio: 17-32. Teruel.
- MOHEN, J.P. y COFFYN, A. 1970: *Les nécropoles hallstattiennes de la region d'Arcachon*. Biblioteca Praehistórica Hispana XVI. Madrid.
- PENEDO, E.; SÁNCHEZ, M.; MARTÍN D. y GÓMEZ E. 2001: "La necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro en el Arroyo Culebro (Leganés)". *Vida y Muerte en Arroyo Culebro (Leganés)*. Museo Arqueológico Regional: 45-70. Madrid.
- PEREIRA, J. y MADRIGAL, A. 1993: "El ritual funerario ibérico en la Alta Andalucía: La necrópolis de Los Castellones de Céal (Jaén)". *Homenaje a José María Blázquez II*: 381-394.
- PEREIRA, J.; CARROBLES, J. y RUIZ, A. 2001: "Datos para el estudio del mundo funerario durante la Edad del Hierro en La Mancha Occidental: La necrópolis de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)". *II Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo I*: 245-274. Toledo.
- PEREIRA, J.; MADRIGAL, A. y CHAPA, T. 1998: "Enterramientos múltiples en las necrópolis del Guadiana Menor. Algunas consideraciones". *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad Ibérica*. La Caixa. (12-14 Marzo) Barcelona: 343-354.
- QUESADA SANZ, F. 1990 A: "La falcata ibérica: ¿ un arma de origen ilirio y procedencia itálica". *Archivo Español de Arqueología* 63: 65-93.
- 1990 B: *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Alicante. Instituto J. Gil-Albert.
- RAFEL, N. 1985: "El ritual d'enterrament iberic. Un assaig de reconstrucció". *Fonaments* 1:13-35.
- RUIZ DELGADO, M. 1989: *Fíbulas protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- RUIZ GÁLVEZ, M.L. 1998: *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Ed. Crítica. Barcelona.
- SENNA-MARTINEZ, J.C. 2000: "O problema dos primeiros ferros peninsulares em contextos do bronze final da orla atlántica: Os dados do Outeiro dos castelos de Beijós. (Carregal do Sal)". *Trabalhos de Arqueologia da EA* 6: 41-58. Lisboa.
- STUIVER, M. et al. 1998: "INTCAL 98 Radiocarbon Age Calibration". *Radiocarbon* 40 (3): 1041-1083.
- TALMA, A.S. y VOGEL, J.C. 1993: "A simplified approach to calibration C14 dates". *Radiocarbon* 35 (2):317-322.
- VALERO, M.A. 1999: "La necrópolis tumular de la Punta del Barrionuevo. Iniesta-Cuenca". *1ª s Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla La Mancha*:181-208. Toledo.
- VIVES, F. y SÁEZ, J.A. 1997: "Interpretación de la vestimenta de la Dama de Elche". *Revista de Arqueología* 199: 6-15.